



Andrés Trapiello visto por Sciammarella.

NARRATIVA

Escribir sin que se note

La última entrega de los diarios de Andrés Trapiello se tiñe de melancolía y desasosiego en un ejercicio literario espléndido que merece la ovación muda del lector

POR JOSÉ-CARLOS MAINER

Los nuevos títulos del *Salón de pasos perdidos* van decantándose por el laconismo sapiencial, tocado de conceptualismo castizo: los recientes, *Seré du-da* y *Sólo hechos*; ahora, *Mundo es...* Algo cambia también por dentro de esta buena costumbre anual: se hace más doméstico y pausado el paso del tiempo, se tiñe de melancolía lo que se aleja y de desasosiego la arribada del futuro, se hace presente la autonomía progresiva de los hijos y, de un modo más agorero, las aficciones domésticas y las pérdidas familiares (tan importantes en este nuevo volumen). Quizá por eso, casi todo sucede en la casa de Las Viñas, que ya no es un escenario de refugio, sino el centro gravitatorio del que se parte. Que está visto con delicadeza y hondura, sin asomo de señorialismo patriarcal o de demagogia ruralista. Al lado de los lugares admirables o divertidos, irrumpe también la brutal capa veraniega descrita con la tinta amarga del mejor Eugenio Noel.

Inevitablemente, el autor dialoga consigo mismo (en el espacio de los 10 años que distan los hechos de su escritura) y con sus críticos, ya sea acerca de su afición al "prologuismo" como perspectiva sentimental, ya sea sobre la presencia de la *coterie* literaria. Una y otra cosa han disminuido: se habla menos de la vanidad del oficio (aunque se haga en el entremés bufo sobre el Congreso de la Lengua, en Colombia; en una estancia en los cursos veraniegos de El Escorial, o en un día de firmas en la Feria del Libro) porque predomina la reflexión sobre los riesgos y venturas del menester de escribir. Las notas necroló-

gicas son excepcionales por su equilibrio y su intensidad: la de Francisco Umbral, por ejemplo, tan ajustada y hasta compasiva; la de Fernando Fernán Gómez, tan cabal. Ahora importa más la creación *in fieri* y su disfrute. La estancia de unos guitarristas profesionales que hablan de su oficio, ensayan, compiten jugando "a desper-tarse unos a otros notas íntimas, casi ocultas", es un momento ejemplar al respecto. Como lo es el encuentro y descripción de los libros que fueron la biblioteca del olvidado Pedro González Blanco, que se convierte en un repaso de fulgores menores de las letras hispanas del siglo pasado. Tampoco faltan las lecturas más directas y, al propósito, las notas a *À la recherche du temps perdu* son agudísimas: "À la recherche son unos *Essais* con argumento". O "*La recherche* es finamente mental, algo que no diríamos, por ejemplo, de novelas como *La Cartuja* o *Ana Karenina*". Pero tampoco son de desdeñar las incrustaciones aforísticas ("el oso polar ha sido *art déco* miles de años sin saberlo") que saben romper el ritmo en algún momento y que, a menudo, son profundamente autocríticas. Y el remate de *Mundo* es resulta memorable en su calculada simplicidad: no es fácil olvidar el titular de las estrellas de invierno (que lo hacen "en nombre de la aurora"), ni menos todavía ese deseo (que, sin duda, es ya logro) de escribir sin que se note, de escribir como se respira. Un remate espléndido, con derecho a la ovación muda del lector.

Mundo es (Salón de pasos perdidos) (vol. 21)

Andrés Trapiello

Pre-Textos, 2017. 444 páginas. 29 euros

NARRATIVA

Coleccionismo de ficción

POR J. ERNESTO AYALA-DIP

Termino de leer *La extinción de las especies*, del argentino Diego Vecchio (Buenos Aires, 1969), finalista del último Premio Herralde, y no sé hasta qué punto lo que se nos narra tiene que ver con el más mínimo indicio de verdad comprobada. El que esto escribe consultó en Internet algunos nombres y algo verificó como cierto y en otros casos no halló nada que lo fuera. Al final decidí que lo mejor era hacer caso omiso a los interrogantes que plantea la novela en materia de nombres, citas y referencias. Ante un libro como el de Vecchio, uno sólo tiene que inclinarse ante la importancia de la digresión, borgiana por momentos. Borges enseñó en *Pierre Menard, autor del Quijote* que justo en ese radio de incertidumbre que dibujan la verdad científica y la libertad imaginativa estriba el solaz genuino de la literatura. En *La extinción de las especies*, Diego Vecchio urde un pastiche histórico-científico. Y lo hace en torno a una manía humana elevada a rango científico, taxonómico: el coleccionismo de restos antediluvianos y arqueológicos. Vecchio le da un tinte delirante. El mundo de las momias, junto a los grandes nombres (reales o inventados, qué más da) de la investigación paleontológica y ornitológica, la hipótesis de que todos descendemos de las arañas, todo ello nos hace sospechar que estamos ante una engañifa de la que nadie osa desconfiar. La secretaria de un investigador y millonario benefactor de todas estas iniciativas paleontológicas, arqueológicas y museísticas, un día es despedida. Al poco tiempo, por intermedio de un conocido, se la reincorpora al museo en donde ejercía sus funciones igual de delirantes que las que desfilan por el libro y se la encumbra pomposamente como "coordinadora adjunta del guardarropa". Ese nuevo puesto no hace más que incentivar su naturaleza investigadora, y decide entre prenda y prenda colgar un paraguas. "El secreto de la creación está en la interrupción", remata la exsecretaria. *La extinción de las especies* es un libro donde cada palabra está impregnada de un malicioso humor. Un desconcertante compendio de hechos conjeturales que hubieran firmado gozosamente los inefables Bouvard y Pécuchet.

La extinción de las especies

Diego Vecchio

Anagrama, 2017

118 páginas. 16,90 euros



Una adolescente en Portofino (Italia) en 1951. T. HOPKINS (GETTY)

NARRATIVA

Un estallido de rabia y vida

POR JOSÉ MARÍA GUELLENZU

Con rabia es el relato de una adolescencia en la posguerra italiana de la Segunda Guerra Mundial. Dos muchachas gemelas y huérfanas —Penny y Baby— son adoptadas por una familia florentina y viven en la vieja mansión familiar a orillas del Arno, protegidas por un tutor hasta la mayoría de edad. Una familia judía, propietaria de la mansión, las adoptó, pero todos los miembros de la misma fueron asesinados por las SS, por lo que ahora viven solas bajo el cuidado de la cocinera de la casa, Elsa. La novela tiene una narradora, Penny, bajo cuya mirada y pensamientos transcurre la misma. Es una novela de adolescencia en rebelión. Otro modelo sería, por ejemplo, el joven Holden Caulfield de J. D. Salinger, pero las diferencias entre ambos adolescentes son muy significativas. Holden no quiere crecer, se esconde en la agresividad y sólo dudará ante su hermana pequeña; Penny no es agresiva de inicio, más bien demuestra un raro sentido común en su protesta y, sobre todo, está urgida por un angustioso deseo de entender o explicarse el mundo, y duda, duda mucho. "Soy una ignorante —dice—, eso lo sé, pero tengo las ideas muy claras". Ella es muy perspicaz y atina en sus dudas, aunque se mueve en el misterio de lo desconocido. Cuerpo más misterio más curiosidad más inocencia la empujan hacia una imaginaria sexual muy bien expresada por la autora.

Dos hombres aparecen en su vida, el joven Fabrizio, atractivo y culto, y el doctor Seghers, por el que siente una admiración total, pero Fabrizio se casa (y el cielo se le cae encima a Penny) y el profesor Seghers es como un padre para ella ("Un caballero", concluye). Entre ambos se cuece toda la curiosidad y el deseo de saber, aparte del ejercicio de los afectos hacia cada uno. Entonces la novela da un giro y quiebra la poca seguridad de Penny. Comienza con la frase "Baby ha cambiado". Baby, en amores con un lechuguino, se distancia; aparecen en la vida de Penny otros hombres, aceptados por necesidad, que visitan la casa. Penny no soporta el alejamiento de su hermana. Un día Elsa las sorprende y exige que echen a los hombres de casa. Ahora si estamos ya en el título de la novela: la soledad y la puesta en cuestión de los asuntos centrales de la vida y la convivencia desatan la rabia de Penny, una rabia que procede de la incomprensión del fusilamiento de su familia y alcanza a la dificultad de vivir y al desarrollo de su dolor, que pisa el suelo inestable del desconocimiento, el aprendizaje y la desesperanza. El final de la novela es un verdadero estallido de vida y de rabia, terrible y conmovedor.

La novela mide muy bien los pasos hasta el *crescendo* que desemboca en el duro final, pero —quizá debido a ese punto de sentido común de Penny que rige, sobre todo, la primera parte de la novela— en varias ocasiones se ve a la autora por delante del personaje con evidente intención didáctica. Por lo demás, una historia de iniciación e imaginación en un mundo "lleno de baobabs y piratas", como dice Penny.

Con rabia

Lorenza Mazzetti. Traducción de Natalia Zarco

Periférica, 2017

276 páginas. 19 euros